

La Grieta

Jorge Alejandro Narro Monroy

No sé si sea necesario, querida lectora, estimado lector, volver a declarar que no soy fan de López Obrador. Que voté por él con muchas dudas, y que con el discurrir del tiempo me pregunto con mayor insistencia si no debí haber anulado mi voto (porque por Anaya, por Meade o por el Bronco jamás habría sufragado). Y es que repetirlo invoca, no sé si inexorablemente, a aquella sentencia de que “excusa no pedida, acusación manifiesta”. Es decir: puede jugar en mi contra y descalificar de entrada lo que voy a decir. Pero me arriesgo.

No. No soy simpatizante del tabasqueño. Mucho menos un pejezombi. No escribo ni hablo bien de él. No le hago propaganda, no lo justifico, no lo alabo. Pero tampoco lo detesto. Tampoco estoy obsesionado con él. Tampoco le doy like a los mensajes en Facebook de los que ven en él a Satanás. Y tampoco comparto por WhatsApp las acusaciones –algunas verdaderamente delirantes- que se hacen en contra suya.

Estoy a la mitad de la grieta. O en ese utópico país que algún editorialista llamó “Corea del Centro”. Y, sobre todo, estoy profundamente preocupado.

Porque lo que ocurre entre pejezombis y antipeje zombis es una guerra que no se libra sólo en las redes sociales. Cierto es que ahí es más intensa y violenta. A veces aterradora y nauseabundantemente violenta. E involucra no sólo a personas reales sino sobre todo (pienso en el Twitter) a robots, a “bots”: “automatismos” que replican los mensajes de odio o de alabanza.

Pero también en la televisión, el radio y la prensa escrita hay guerra. También desde los medios tradicionales se ahonda la grieta. También ellos se alejan de Corea del Centro (la imparcialidad que empezamos a gozar en algunos medios luego de las elecciones del 2000).

México no era Suecia antes de AMLO ni se convirtió en Venezuela con él, como parecen creer (menciono sólo colaboradores de este diario) Denise Dresser, Sergio Sarmiento, Jorge Suárez Vélez, Guillermo Velasco y los cartonistas Paco Calderón, Camacho y Obi. Pero tampoco ha cambiado significativamente desde el 1 de diciembre del año pasado. Entre otras razones, porque en doce meses no se puede cambiar un país. Y también –eso deben reconocerlo las huestes pejistás- porque López Obrador ha metido no pocas veces la pata: desautorizar a sus adversarios cuando lo que hay que hacer es alimentar la cohesión y la confianza, seguir apostando por el petróleo cuando lo que urge es energía verde, haber militarizado la Guardia Nacional, haber hecho consultas de utilería para problemas técnicos singularmente complejos, haberse aliado con el PES, el PT y luego con el Verde y con sujetos tan impresentables como Bartlett, Cuauhtémoc Blanco y Napoleón Gómez Urrutia (por citar sólo a tres...), haber propuesto a Rosario Piedra al frente de la CNDH cuando era inelegible por su reciente cargo partidista, etc., etc., etc.

La división, la grieta, el feroz enfrentamiento entre zombis, es producto de la ira. De la ira que proviene de la desesperación, en el caso de la mayoría pobre que ha sido siempre olvidada y despreciada. De la ira provocada por el miedo, en el caso de la minoría que teme perder sus (a veces enormes) privilegios.

Mi madre era hija, nieta y bisnieta de hacendados del Sur de Jalisco. Cuando el general Cárdenas era Presidente, se incrementó el reparto de tierras entre los campesinos pobres. “Agrarismo” le llamaban. Alguna vez me dijo ella, recordando todavía asustada y, sobre todo, escandalizada, aquellos tiempos: “¡Los indios de calzón blanco entraban en el teatro

Degollado!”. Hoy escucho su voz en los editoriales de Dresser y Suárez Vélez, en los cartones de Calderón y en muchos “bots” en Twiter y mensajes en Facebook.

Ya basta. Dejemos de actuar gobernados por las vísceras. Dejemos de ver todo en blanco y negro. Dejemos de ser zombis y empecemos a cerrar la grieta.